HISTORIA DE EL BIERZO

1

EL BIERZO PRERROMANO

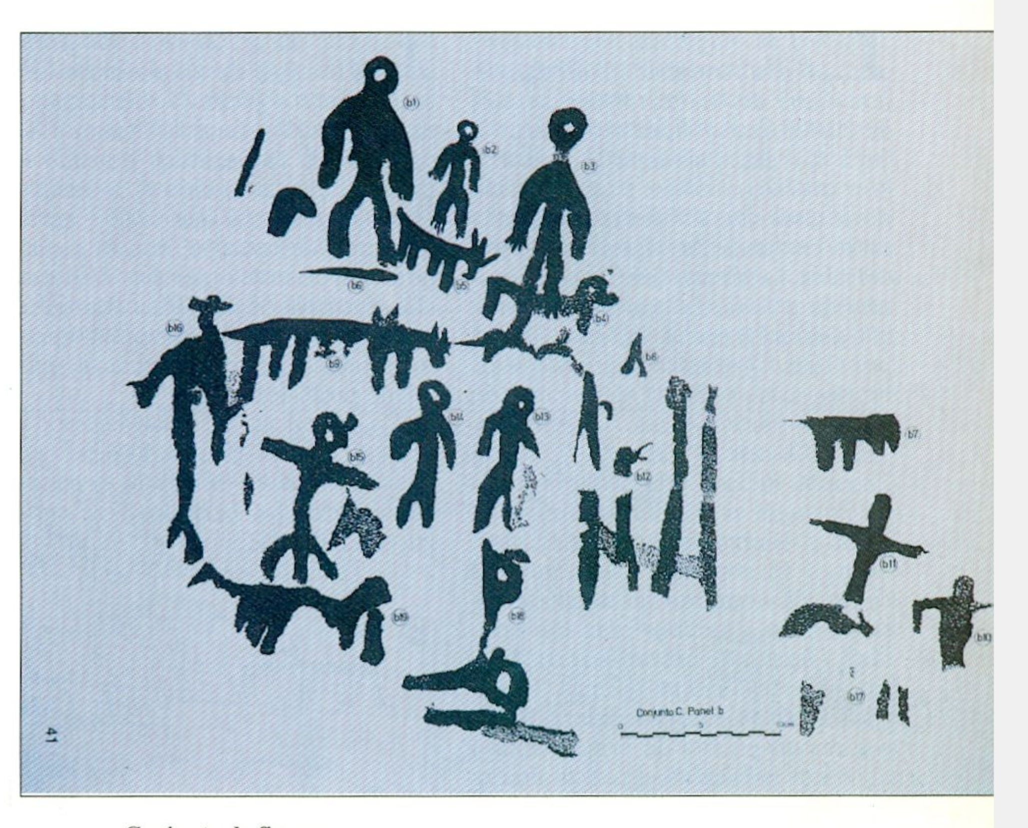
EL BIERZO PRERROMANO

FERNANDO MIGUEL HERNANDEZ • JOSE A. BALBOA DE PAZ



El conocimiento de la prehistoria y protohistoria de nuestra comarca, y de quienes y cómo vivían nuestros antepasados prerromanos es deficiente y fragmentario, con amplias lagunas en algunos de sus períodos. Incluso, los datos literarios que nos incorporan a la historia de la mano de Strabón, Plinio, Floro, Orosio, etc. son excesivamente genéricos, pues se refieren a los habitantes del Norte de la península, sin más especificación, y además no tienen una fácil interpretación. Sólo la arqueología y la epígrafía podrán permitirnos alcanzar una idea más precisa de aquellos tiempos; sin embargo, las labores arqueológicas han sido casi inexistentes hasta estos últimos años, con la excepción de las realizadas por Tomás Mañanes en Castro Ventosa en los años setenta. En la actualidad, Jesús Celis dirige la excavación del castro de Chano (Fornela), y F. J. Sánchez-Palencia y su equipo excavan varios yacimientos en los alrededores de las Médulas y en el valle del Boeza, de los que todavía no se han publicado las memorias de excavación -mal del que adolece toda la arqueología provincial-, pero que conocemos por algunos avances recientes de sus excavadores. A esto habría que añadir algunos hallazgos sueltos y casuales (preferentemente metálicos) de la Edad del Bronce. Sin embargo, y pese a esta carencia de excavaciones, posiblemente por la lejanía de El Bierzo con respecto a los centros de investigación universitaria, podemos ilustrar esas épocas contando con la información indirecta que nos proporcionan las intervenciones arqueológicas llevadas cabo en la Cabrera y Maragatería por Sánchez Palencia y Domergue, o las realizadas en Zamora y Galicia por A. Esparza, López Cuevillas y otros.

De cualquier manera, aún reuniendo todas las piezas conocidas hasta hoy del puzzle protohistórico será difícil recomponerlo con exactitud, a excepción quizá de la época prerromana, donde la conjunción de fuentes documentales y arqueológicas nos permite señalar matices culturales más precisos. En parte esto es debido a la peculiar geomorfología berciana, fosa tectónica rodeada de montañas, que, al incrementar el aislamiento con respecto a otras áreas sedimentarias y abiertas de la Meseta, más dinámicas culturalmente, explica el perfil conservador de sus culturas protohistóricas, en las que las renovaciones eran lentas en llegar o en ser aceptadas, de ahí que la cronología de sus yacimientos u objetos hallados sea más difícil de determinar.



Conjunto de figuras. Asociaciones de antropomorfos y de éstos con zoomorfos. Sésamo.
José Luis Avello.

LOS ASTURES

Cuando se hace la luz sobre nuestra historia, y en este caso la luz son las fuentes literarias griegas y romanas, El Bierzo forma parte del Conventus Asturum, unidad político-administrativa romana de la provincia Citerior. Esta unidad, sin duda, fue creada por Roma de forma artificial o arbitraria, aunque basándose en una realidad cultural preexistente de la que desconocemos su homegeneidad. Tradicionalmente, sin embargo, autores como Schulten, habían identificado nuestra comarca como netamente astur, diferenciándola claramente de la de los pueblos de su entorno (galaicos, cántabros y vacceos). Sin embargo, la ambigüedad de las fuentes, y su, a veces, escasa coincidencia con los datos arqueológicos o epigráficos, ha llevado a algunos autores a encuadrar a El Bierzo dentro del área cántabra

(Rodríguez Colmenero) o, por el contrario, a incluirlo dentro del ámbito de la cultura castreña del Noroeste (Mañanes, Esparza, Sánchez-Palencia, Celis), vinculación que están confirmando las intervenciones arqueológicas más recientes.

EL BIERZO ASTUR

En la Antigüedad, El Bierzo fue parte de un territorio de más de 20.000 km^2 denominado Asturia, cuya extensión abarcaba unos 130 km. de este a oeste, y 200 km. de norte a sur. Sus límites se encuadran entre los ríos Sella y Esla por el este; el Navia, las sierras del Caurel, Manzaneda y el río Sobor por el oeste; el Cantábrico por el norte y el Duero por el sur. Quedaban dentro de estos límites casi toda la provincia de León y parte de las de Asturias, Lugo, Orense y Zamora, y, según Esparza, incluso una pequeña zona de Portugal al oriente de Bragança.

Si el Bierzo fue territorio astur, astures fueron sus habitantes tal como los nombran las fuentes clásicas. Pero, ¿quiénes eran los astures?, ¿de dónde procedían?. La teoría más tradicional y más tópica (Bosch Gimpera) considera a los astures un pueblo de origen celta o al menos muy celtizado. Actualmente esta teoría ha sido críticamente revisada, negándose esta supuesta celtización de los astures, pues no hay ningún dato arqueológico que pueda confirmarla: «Lo celta de los astures, dice Lomas Salmonte, es un barniz que encubre una realidad socioeconómica ajena al mundo continental y europeo».

Del desprestigio de la celtización se ha pasado al cuestionamiento de su indoeuropeización. Entre los astures hay rasgos linguísticos indoeuropeos, como se comprueba en su toponimia y en algunos de los antropónimos que las fuentes epigráficas citan, pero ni por su economía ni por su organización social parecen serlo. Sánchez Albornoz los cree originarios de Asia, y Schulten un pueblo compuesto por ligures, celtas e iberos. Por el contrario, creemos, con Lomas Salmonte, que el origen del pueblo astur está «próximo al horizonte Neolítico y agrario del Mediterráneo de tiempos pasados», aunque desde el siglo VII y hasta finales del siglo II a C. hubo un cierto flujo de ideas procedentes de otras áreas más indoeuropeizadas de la península. En ese sentido, la cristalización de las culturas astures podrían situarse en el tránsito de la Edad del Bronce a la del Hierro, como producto de esa asimilación cultural por el substrato indígena, que se ha ido formando en los milenios anteriores.

POBLAMIENTO

El origen de un pueblo es un fenómeno complejo que básicamente comporta continuidad, aunque no se descarte su posterior enriquecimiento cultural debido a las múltiples aportaciones que recibe en el trascurso del tiempo, y a la reelaboración de sus elementos culturales constitutivos (Tarradell). Por ello, los primeros indicios del poblamiento berciano se remontan a la más lejana prehistoria.

La ausencia de excavaciones y prospecciones arqueológicas en nuestra comarca dificultan el conocimiento de los períodos más antiguos, el Paleolítico y el Neolítico. Fue esto, sin duda, lo que llevó a algunos investigadores (M. Santonja) a considerar que El Bierzo estuvo despoblado durante la época Paleolítica. Sin embargo, recientes hallazgos de artefactos líticos nos permiten asegurar la presencia de un poblamiento prehistórico en nuestra comarca. Así, las numerosas piezas paleolíticas halladas en las terrazas de la margen izquierda del Cúa, en torno a Cacabelos, por Fernando Miguel y Miguel Figuerola, denuncian la presencia en El Bierzo de gentes recolectoras y depredadoras, que vivieron entre el 300.000 y el 100.000 a. C., encuadradas culturalmente en el Achelense Medio (bifaces, hendedores, raederas). Hasta hoy no conocemos nada del Paleolítico Superior, pero confiamos en que el programa de investigación sobre este período llevado a cabo por la Universidad de León (Bernaldo de Quirós y Neira) nos depare pronto alguna novedad.

Por el contrario, las hachas pulimentadas -aunque no todas necesariamente de época neolítica que profusamente han aparecido en diver-

Etnología de los pueblos del norte

Todos los habitantes de la montaña son sobrios: no beben sino agua, duermen en el suelo, y llevan cabellos largos al modo femenino, aunque para combatir se ciñen la frente con una banda. Comen principalmente carne de cabrón; a Ares sacrifican cabrones, y también cautivos y caballos; suelen hacer hecatombes de cada especie de víctima, al uso griego... Practican luchas gymnicas, hoplíticas e hípicas, ejercitándose para el pugilato, la carrera, las escaramuzas y las batallas campales. En las tres cuartas partes del año los montañeses no se nutren sino de bellotas que, secas y trituradas, se muelen para hacer pan, el cual puede guardarse durante mucho tiempo. Beben «zythos», y el vino, que escasea, cuando lo obtienen se consume en seguida en los grandes festines familiares. En lugar de aceite usan mantea. Comen sentados sobre bancos construidos alrededor de las paredes, alineándose en ellos según sus edades y dignidades; los alimentos se hacen circular de mano en mano; mientras beben, danzan los hombres al son de flautas y trompetas, saltando en alto y cayendo en genuflexión.

Los hombres van vestidos de negro, llevando la mayoría el «ságos», con el cual duermen en sus lechos de paja. Usan de vasos labrados en madera, como los keltoi. Las mujeres llevan vestidos con adornos florales. En el interior, en lugar de moneda practican el intercambio de especies o dan pequeñas láminas de plata recortadas. A los criminales se les despeña, y a los parricidas se les lapida, sacándolos fuera de los límites de su patria o de su ciudad. Se casan al modo griego. Los enfermos, como se hacía en la Antigüedad entre los assyrioi, se exponen en los caminos para ser curados por los que han sufrido la misma enfermedad... Su sal es purpúrea, pero se hace blanca al molerla. Así viven esos montañeses, que, como dije, son los que habitan en el lado septentrional de Iberia; es decir, los kallaikoí, astoures y kántabroi, hasta los ouáskones y el Pyréne, todos los cuales tienen el mismo modo de vivir.

GARCIA Y BELLIDO, A. España y los españoles hace dos mil años, según la «geografía» de Strabón, Madrid, 1968, pág. 120 y 158

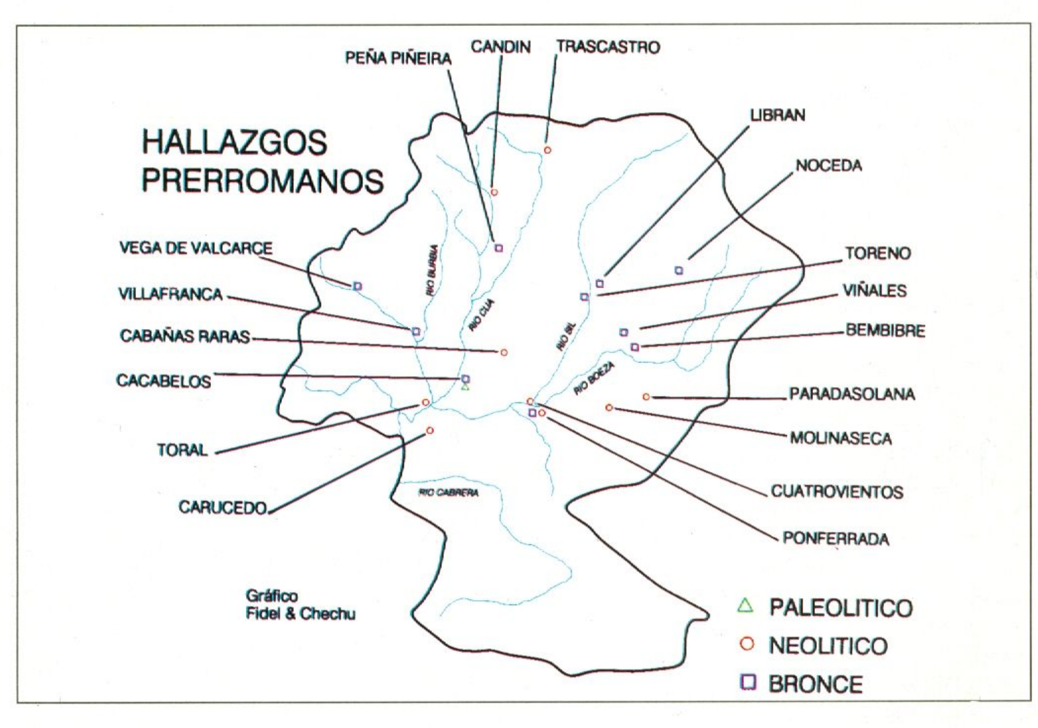
sos ámbitos de la comarca: Ancares, Paradasolana, Molinaseca, Cabañas Raras, Carucedo, Corbón del Sil y Ponferrada, sugieren un posible poblamiento tardoneolítico a finales del IV milenio a. C., atestiguado en el resto de la provincia leonesa (Monte de La Candamia en la ciudad de León o en Villanueba de Carrizo), que incorpora a nuestras gentes a las corrientes culturales del valle medio del Duero, pero cuyos rasgos culturales, como las tumbas colectivas en dólmenes, así como los posibles conocimientos agrícolas, se nos escapan todavía, dada la parquedad de los datos.

Durante el calcolítico (2500-1800 a. C.), según Fernández Manzano, se documenta la presencia de una ocupación precampaniforme, durante la segunda mitad del Tercer Milenio, en la Cueva de las Tres Ventanas de Toral de los Vados, cuyas cerámicas a mano y decoradas con acanalados e incisiones a peine, indican una penetración de influjos desde Tras os Montes y Zamora, donde se ubican algunos de los más antiguos horizontes metalúrgicos occidentales. Al mismo tiempo, la ausencia de vasos campaniformes, aunque no del equipamiento metálico de tales grupos (la punta palmela de Bembibre, por ejemplo) sugiere asimismo la vinculación de la zona al horizonte Montelávar, característico del Noroeste hispánico al final de esta etapa. Es posible, además, que en este momento puedan fecharse las pinturas esquemáticas de Sésamo y Librán, cuya iconografía y técnica las relaciona con el mundo dolménico. Se trata de representaciones zoomorfas y antropomorfas, solas o formando escenas, realizadas con un trazo grueso y continuo, en color ocre (J.L. Avello y A. Gutiérrez).

Las gentes de este mundo de tradición dolménica eran escasamente sedentarias, viviendo en constante movimiento entre las montañas y el llano, practicando un pastoreo y agricultura itinerantes. Residirían en campamentos provisionales, moviéndose cada grupo o linaje dentro de un determinado territorio.

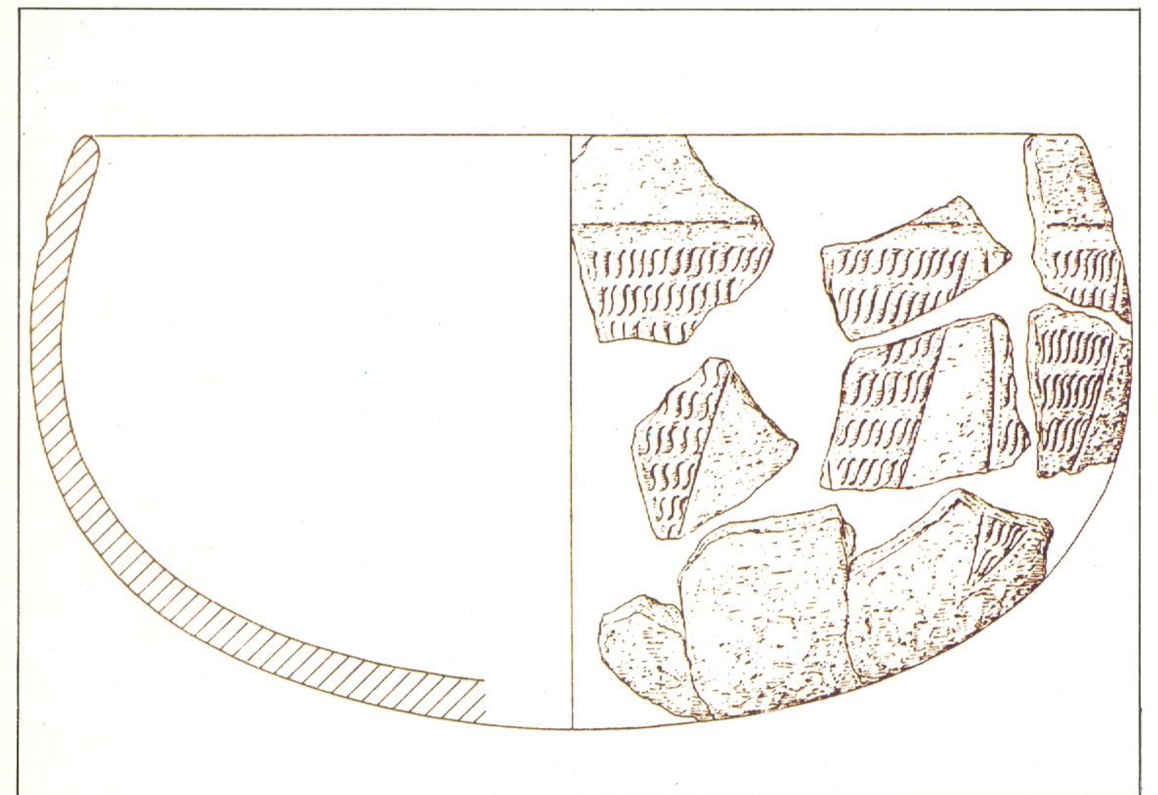
Durante la Edad del Bronce (1800-700 a. C.), El Bierzo mantuvo una estrecha vinculación atlántica, como se deduce de las armas y utensilios de bronce hallados en la comarca, que suponen la existencia de episódicos intercambios culturales y mercantiles, como la excepcional hacha de talón sin asas «del Bierzo», del Bronce Medio (1500-1200), que responde a modelos bretones, o las más evolucionadas del Bronce Final (1200-700) de Ponferrada, la Cabrera y Villafranca del Bierzo. También en esta época han sido fechados los ídolos de Noceda y Villafranca, sobre cuya cronología prehistórica nosotros tenemos grandes reservas, y algunos restos de espadas y puntas de flecha. Los hallazgos se continúan en el Bronce Final III (900-700), y aunque, según Mañanes, no se han descubierto en nuestros castros restos de cerámica excisa o del boquique, típica de esta etapa en los yacimientos de la Meseta, sí aparecen hachas de talón, espadas de lengua de carpa, puntas de lanza, etc., como las de la Placa (Ponferrada), Toreno, Vega de Valcarce, Villafranca y Bembibre. Estas piezas son todavía escasas y los hallazgos fortuitos por lo que no existen horizontes claros para su datación e interpretación. Parecen fabricadas en la zona, pero con tipología del área atlántica.

El Bronce Final III perdura en nuestra zona durante las primeras centurias del primer milenio, coincidiendo con la primera etapa de la Edad del Hierro (725-500 a C.), en la que se producen en la península las primeras infiltraciones indoeuropeas, cuya influencia se deja sentir especialmente en algunos yacimientos muy alejados de El Bierzo (como el de Cortes de Navarra) y en menor intensidad en otros del Valle del Duero. Aquí se desarrollará entonces la llamada cultura de Soto de Medinilla, por el nombre de un poblado cercano a Valladolid, cuya presencia en El Bierzo se constata, aunque no de forma nítida, en algunos hallazgos cerámicos de Castro Ventosa, el castillo de Ponferrada, Toral de Merayo o el castro de Pico Ferreiro, en Paradela del Río; y en el depósito metálico de Bembibre, en el que aparecieron varias puntas de bronce de enmangue tubular. Con las gentes que elaboraron este utillaje en la primera Edad del Hierro estamos asistiendo al origen de los astures.



Mapa de los hallazgos arqueológicos prehistóricos.

La presencia de hallazgos metálicos de la Edad del Bronce en nuestra comarca no nos debe conducir a pensar erróneamente en poblaciones metalúrgicas especializadas en la extracción, producción y comercio de armas y herramientas; pues éstas representan un mínimo porcentaje del equipamiento cultural de aquellas gentes. Seguirán siendo pequeñas comunidades ganaderas y campesinas, con una economía de subsistencia primaria, que satisfarían sus necesidades de consumo de mineral con la explotación de pequeñas vetas locales de cobre y estaño. La metalurgia desempeñaría



Cerámicas del Calcolítico Precampaniforme (2500-2200 a.C.) de la cueva de las «Tres Ventanas», en Toral de los Vados. *(J. Fernández Manzano).*

familia nuclear, en la que las relaciones padre-hijo y hermanos entre sí son preponderantes (J. Liz). Esta estructura social no excluye el preponderante papel económico de la mujer, pues ella era la encargada de los trabajos domésticos y de las labores de una agricultura muy poco desarrollada. El hombre, por el contrario, se dedicaba a la caza y a los ejercicios gimnásticos, como preparación para las acciones bélicas.

En relación con lo expuesto, los hombres controlaban el poder político por medio de un rudimentario sistema de jefaturas y senado, del que a penas conocemos sus funciones. Strabón menciona que estas poblaciones del Norte «comen sentados sobre bancos construidos alrededor de las paredes, alineándose en ellos según sus edades y dignidades», texto que alude a la existencia de jerarquías según la edad y la dignidad, no en base a diferencias económicas. Lo de la edad es evidente (senex, senados, ancianos), pero desconemos el significado del término dignidad ni cómo se conseguía ésta, posiblemente relacionada con el valor demostrado en acciones bélicas. Sin duda esta jerarquización es la que reflejan las referencias epigráficas a «princeps» y magistrados entre estos pueblos.

Unidas por una línea de descendencia, varias familias se agrupaban, en razón de sus lazos de consanguinidad y parentesco, en unidades gentilicias de mayor amplitud. Así, varias familias formaban una gentilidad (gentilitas), subfracción, centuria o «castellum» (castro); varias gentilidades, una gente (gens) o fracción; y varias gentes, un pueblo (populus). Por ejemplo, el pueblo de los astures estaba dividido en numerosas gentes (Gigurros, Pésicos, Orniacos, Superatios, Zoelas, etc.). Cada una de estas gentes, a su vez, estaba dividida en varias gentilidades; por ejemplo, de los Zoelas conocemos varias: los Desoncos y los Tridiavi. Esta organización social debe entenderse con precaución, pues posiblemente los autores clásicos proyectaron sobre los pueblos indígenas el modelo social característico del área mediterránea ante-

sólamente un papel complementario en sus economías.

El paulatino desarrollo de las comunidades indígenas a lo largo de las etapas protohistóricas anteriores, enriquecido por influjos de diversa intensidad y procedencia, va a permitir que fragüen en el actual territorio de la provincia de León, durante la convencionalmente llamada segunda Edad del Hierro (500-19 a C), grupos culturales de marcada personalidad regional, según el área de influencia en el que se encuentren: la «cultura celtibérica» en las tierras sedimentarias de la Meseta y la «cultura castreña» en las comarcas del occidente y norte de la provincia, entre ellas El Bierzo.

MUNDO CASTREÑO

Al igual que todo el norte de la península, El Bierzo ofrece en época prerromana una estructura socioeconómica atrasada con respecto a otras zonas. Su economía puede definirse como de simple subsistencia y autosuficiente. La dominación romana de la Meseta, desde mediados del siglo II, debió agravar su situación económica al interrumpir las ya escasas relaciones comerciales entre ambos ámbitos, al tiempo que dió lugar a desplazamientos de pueblos a lugares mejor protegidos, pero con menores recursos, lo que provocaría tensiones sociales, amortiguadas con acciones de bandolerismo sobre los pueblos ya romanizados de la Meseta, razón que alegarán los autores clásicos (Floro) como causa de las guerras cántabras.

ORGANIZACION

De acuerdo con las fuentes clásicas (Strabon), los pueblos del norte tuvieron una organización social de rasgos matriarcales. En este régimen, la mujer, como propietaria de la tierra, concentraba en sus manos el poder social y económico de la familia; sin embargo, en opinión de Caro Baroja, más que de matriarcado habría que hablar de un sistema de descendencia matrilineal, en el que la propiedad se pasaba de madres a hijas, pero en la que el poder efectivo se encontraba en el hermano mayor de la mujer, el avúnculo. Pero incluso esta opinión parecen contradecirla las fuentes epigráficas, pues éstas sugieron un tipo de

J. Luis Avello Alvarez

Las pinturas rupestres esquemáticas

A partir de fines del V milenio se desarrolla uno de los fenómenos artísticos más importantes de la Prehistoria Universal, el Arte Esquemático, hasta al menos el primer milenio a.C. Culturalmente este arte esquemático se inscribe entre fines del Neolítico y la Edad del Hierro. Para la mayor parte de los autores, estas pinturas alcanzan su máximo desarrollo en los periódicos calcolíticos y de la Edad de Bronce. Para J. Bécares, las manifestaciones artísticas de la Meseta Septentrional, atribuibles a este fenómeno, serían datables en el Calcolítico y Bronce Inicial (2300 al 1500 a. C.).

En la provincia de León, las únicas pinturas esquemáticas localizadas hasta el momento se han encontrado en El Bierzo. La primera estación inventariada fue la de Peña Piñera, cerca de Sésamo, y la segunda se detectó en ambas márgenes de la garganta que el río Primout forma en las proximidades de Librán. La mayor parte de las figuras se agrupan en conjuntos y en zonas, a veces de difícil acceso. Estas características permiten supone que son auténticos «santuarios» aunque aún no se puede determinar los actos culturales que allí se practicaban.

Las figuras están ejecutadas a base de trazos rápidos y decididos. Son esquemas sucintos de un elevado valor conceptual. Los motivos pictóricos, en muchas ocasiones, semejan formas naturalistas de ahí su nomenclatura: antropomorfos (de forma humana), zoomorfos (de forma animal), tectiformes (de forma de cabañas), etcétera. El problema reside en conocer sus significados y el que adquiere cuando se interrelacionan entre sí. De cualquier forma, las pinturas están lejos de los poblados propios de las gentes que las han ejecutado. Por tanto tuvieron que haber sido realizadas con fines religiosos, sociales y/o económicos, entre otros que actuaron como móviles de estas producciones artísticas ya próximas a las complejas estructuras del lenguaje escrito.

En el Bierzo y, sobre todo, en Librán, las figuras predominantes, estadísticamente, son los antropomorfos, representaciones de tipo humano, aisladas o formando pequeñas agrupaciones con otros antropomorfos, figuras de animales o demás signos de difícil interpretación. Algunas de ellas son muy esquemáticas pues sólo se forman mediante las extremidades y el tronco. Otras son más naturalistas, llegando a indicar los dedos de las manos, adornos personales (a modo de penachos) u objetos empuñados a modo de armas o útiles de labor.

Otros motivos fáciles de identificar son los zoomorfos. Se puede catalogar como cánidos, cápidros y/o cérvidos, siendo estos últimos los que mejor se identifican por su amplia aunque esquemática cornamenta. Seguramente, entre los muchos signos de difícil clasificación —puntos, rayas de diverso tamaño y dirección, etc.— existen algunos que pueden aludir a aves, insectos o reptiles.

Más dificultad encierran aquellos esquemas geométricos cuyas formas derivan de modelos de difícil comprensión. Algunas de ellas parecen ídolos —como los hallados en Noceda del Bierzo, Rodicol o Tabuyo del Monte— de ahí su nombre: idoliformes. Otros son los soliformes, como el de Librán, que recuerdan dicha forma estelar o un simple motivo ocular, tema muy difundido en ídolos de época calcolítica relacionados con los pueblos metalúrgicos.

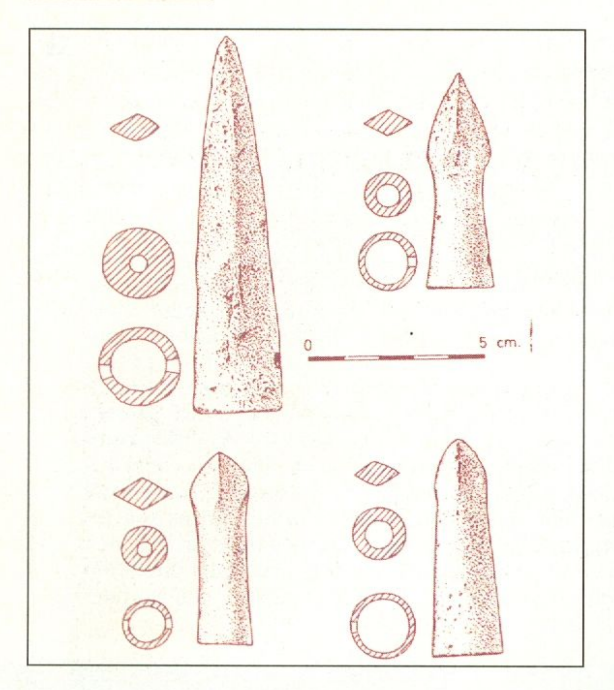


Soliforme, antropomorfos y trazos verticales. Librán. *José Luis Avello.*

Además hay ramiformes, motivos de forma vegetal. A veces,las figuras se complican y parecen cabañas, rediles, techumbres, etc. Puntuaciones y trazos de longitud variable son abundantes pero difíciles de definir.

Las pinturas del Bierzo se emparentan fácilmente con las de las áreas más limítrofes. Los cérvidos de Sésamo y los de Teverga (Asturias) son similares. Los antropomorfos de Librán y Sésamo son idénticos a los pintados en el Peñatu de Vidiago (Asturias), Otros, por el contrario, a los de Peña Minguleba (en Avila).

Lo importante es que los hallazgos, hasta ahora encontrados en el Bierzo posiblemente sean un mínimo exponente de las pinturas realizadas por quellas gentes. Por tanto, aún existe la esperanza de encontrar más.



Muestras de puntas de bronce del depósito de Bembibre. Tránsito Edadl del Bronce-Hierro (700 a.C.). *Julio Fernández.*

rior a la configuración de los Estados griego y romano, y que en la historiografía popularizó Engels.

Los romanos, tras la conquista, integraron El Bierzo dentro del pueblo astur, pero desconocemos cuáles fueron sus gentes y sus gentilidades o castellum. Con respecto a esto último, a través de la epigrafía, conocemos algunas gentilidades que habitaron en el Bierzo, como la de los Bolgenses; pero también se mencionan expresamente castellum, como los de Louciocelo y Queledini, citados en lápidas de Cacabelos y San Andrés de Montejos, lo que relaciona nuestra comarca con el ámbito de la cultura castreña gallega, en la que es frecuente la mención del signo epigráfico) entendido como castellum o castro al que pertenece el personaje señalado en tales lápidas. Sabemos, pues, algunas de las gentilidades o castellum de El Bierzo, pero desconocemos absolutamente las gentes que lo habitaban. Sin demasiado fundamento se ha hablado indistintamente de los Superatios, Guigurros, Orniacos y Pésicos; pero, no hay pruebas que puedan confirmar esas hipótesis. Tomás Mañanes cree que podría tratarse de los Bergidenses, pero a éstos no los nombra ninguna fuente antigua. Este patronímico no aparecerá en la documentación hasta los primeros siglos de la Edad Media (unas veces como territorio bergidense, otras como territorio bergidensium). De todos modos, en la Antigüedad la realidad más cercana fue la gentilidad, conocida también en nuestro ámbito con

Jesús Celis Sánchez

El castro de Chano

El Castro de Chano* ocupa el extremo de un farallón rocoso que mira a la horquilla que el arroyo Mondiego forma con el río Cúa, se delimita de forma artificial en su ladera oeste por medio de tres potentes fosos excavados en el substrato geológico, la complejidad de estas defensas lo hace casi inexpugnable en este frente. A ellos se suman dos zanjas perpendiculares, de orientación este-oeste que les preceden y que se unen a una canalización que desciende desde la cabecera del valle. De los fosos descritos parten también un conjunto de cortas que discurren por las laderas contiguas, las que han dejado más huella son las del norte. El caserío se dispuso sobre las vertientes inclinadas de las caras norte, este y sur, el sector mejor conservado es singularmente el lado norte. En esta zona se descubrieron importantes edificaciones de planta circular asignadas originalmente al núcleo de habitación más importante del poblado. Una muralla o más bien un muro de contención servía como delimitación externa de este conjunto.

La morfología del castro se aproxima a las características de los castros mineros, intuyendose la utilización de la fuerza hidráulica en las disecciones del terreno, sin embargo, las condiciones del subtrato de Pizarras de Luarca, prácticamente estériles en mineralizaciones auríferas, supone un grave hándicap a la hora de atribuir a sus gentes una relación directa e inmediata con la minería del oro como se registra en los valles contiguos de los ríos Ibias y Ancares.

Los trabajos de excavación se han centrado en el sector habitado de la ladera norte, donde se han documentado un total de dieciséis construcciones circulares, de las cuales se ha obtenido una información completa en doce casos y parcial en cuatro, además de los lugares abiertos y de paso, estructurados en caleyos, muros de nivelación, escaleras en piedra, etc. Una muralla o muro de nivelación de 1,80 metros de anchura inscribe este conjunto. La disposición de las construcciones circulares se adapta a tres nivelaciones distintas, alineadas en dos hileras paralelas en dirección este-oeste, en una superficie de 500 metros cuadrados. Las edificaciones están fabricadas con lajas de pizarra, con muros bien careados y ligeramente ataludados, que conservan paramentos de hasta 4 metros de altura. Los diámetros oscilan entre los 3,5 y los 5,5 metros, y el grueso de las paredes se sitúa en torno a los 60 cms. Generalmente las puertas de entrada se han conservado en buen estado, el umbral se sobreeleva respecto al suelo exterior e interior, las jambas conservan una pequeña entalladura para fijar el marco de la puerta. Las orientaciones de los vanos se sitúan principalmente hacia el este o sur.

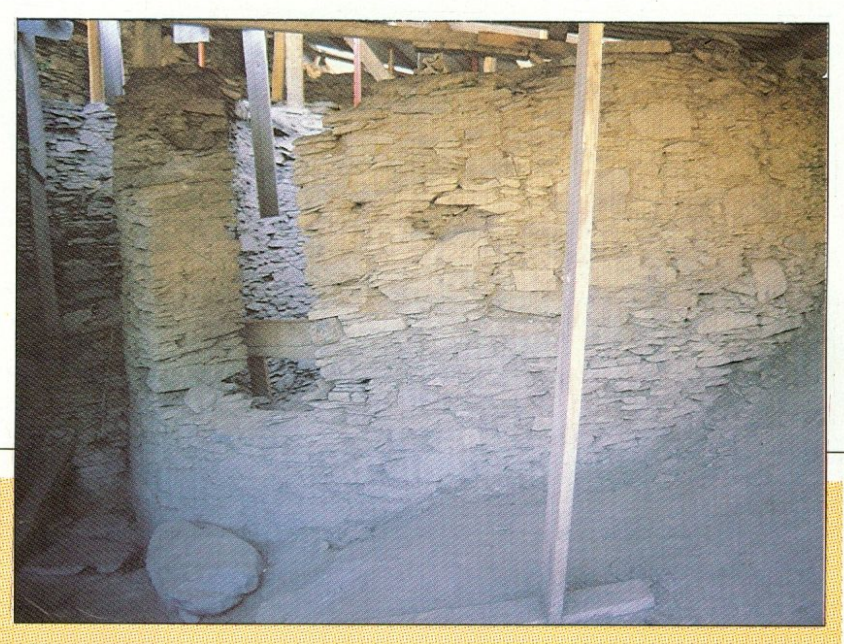
De todas las construcciones definidas, ocho pueden ser consideradas como ámbitos domésticos o cabañas. Su interior se articula en tres elementos, siguiendo un patrón preestablecido, una piedra con cazoleta (posible mortero) nada más traspasar el umbral, en el centro una trébede o vasar formada por un pequeño murete exento con orificio central donde se apoyaría una viga o poste de refuerzo para la sujección de la cubierta y, por último, el hogar, que se instala generalmente sobre una gran losa de pizarra jalonada por lajas hincadas. El suelo no se diferencia en todos los casos, existiendo un echadizo de nivelación colocado siempre sobre el substrato rocoso. la superficie de este nivel se regulariza con barro gris y ocre, del mismo tipo empleado como fijación del paramento de las paredes. las superficies interiores de los muros muestran huecos en donde apoyarían alacenas, y, en el caso de los que jalonan su coronación encima de ciertas repisas, cabe pensar en soportes para las vigas de un sollado o piso superior.

Los espacios exteriores son especialmente estrechos. Un conjunto de caleyos comunican series de construcciones, ocasionando espacios muertos entre ellas, razón por la cual la superficie del muro de nivelación o muralla debía utilizarse como zona de tránsito entre grupos de cabañas. La distribución externa se articula sobre rampas escaleras y muros de nivelación, en una superficie especialmente reducida, debida a la adaptación del hábitat al medio orográfico. La apariencia general del conjunto es de constreñimiento del espacio útil, su utilización intensiva con la finalidad de ganar terreno al

el nombre de castellum, porque frecuentemente una sola habitaba en cada castro.

LOS CASTROS

La población de El Bierzo en época prerromana vivía en castros, que son lugares de habitación fortificados. Su emplazamiento suele ser muy selectivo, pues se ubicaban en sitios que garantizasen la explotación agropecuaria del territorio, preferentemente en el entorno inmediato al valle de los cursos fluviales principales, combinando la regularidad del terreno elegido y su fácil aislamiento respecto a dicho entorno y buscando al mismo tiempo su proximidad a terrenos susceptibles de ser cultivados, y controlados desde el propio castro. Todos ellos se encuentran en zonas elevadas y protegidas. Así, encontramos castros en la confluencia de dos ríos, como el cerro de los Castillos (Torre del Bierzo), entre el Silva y el Tremor, o el de Ponferrada, entre el Sil y el Boeza; en los meandros pronunciados de los ríos, como el de San Miguel de las Dueñas, en el Boeza. Lo normal era construirlos en las laderas de las colinas, con un curso cercano de agua a sus pies, o también emplazarlos en cerros aislados, como el de Castro de la Ventosa. Posiblemente algunos de los situados en zonas más abruptas y con un espacio de explotación muy reducido, como el de la Corona de Corporales (Sánchez Palencia) y probablemente el de Chano, podrían explicarse como resultado



Castro de Chano de Fornela.
José A. Balboa.

roquedal. Los datos estratigráficos obtenidos en la excavación arqueológica apuntan hacia la existencia de un único nivel de ocupación y, aunque se registran remodelaciones parciales y una esporádica reocupación en una de las cabañas, la vida del castro no debió ser muy prolongada. El caserío parece haberse levantado de una sola vez, y no existen signos que permitan establecer una relación del fin de la ocupación humana con algún episodio violento, aunque la existencia de objetos de adorno personal de bronce y dos atesoramientos monetarios recogidos en el interior de las cabañas nos inducen a pensar en la posibilidad de un abandono rápido, en un momento indeterminado de la vida del castro, y por causas hasta ahora desconocidas.

La cultura material depara un contingente mayoritario de cerámica de tipo indígena con total ausencia de producciones romanos. Las formas más comunes muestran un conjunto estandarizado de orzas y ollas de borde vuelto, de cuerpo panzudo —generalmente decorado con temas geométricos bruñidos— y base recta, mayoritariamente fabricados a torno o a torneta, aunque también se recogen los fabricados a mano de tonos oscuros. Otras producciones cerámicas indígenas, en franca minoría, son las urnas, fabricadas a mano, suelen presentar formas bicónicas, con bordes vueltos y con decoraciones estampilladas de circulitos, ondas, líneas en SS, o cordones impresos, etc., temas que nos remiten a las típicas cerámicas del círculo castreño noroccidental de la Península Ibérica. Algún excepcional fragmento indica la llegada al poblado de cerámicas importadas que se corresponden con las producciones **tardoceltibéricas,** típicas de zonas sedimentarias de la Cuenca del Duero, en donde se fechan entre el 50 a.d.C. y el s.I.d. de Cto.

Los objetos metálicos proporcionan datos de interés para el estudio de la economía y arrojan pistas sobre la cronología relativa del yacimiento. Se destaca un conjunto de objetos de hierro: puntas de lanza, regatones, martillos, agujas, hebillas y cuchillos, etc. La abundante escoria de este metal recogida indica que la metalurgia del hierro debió tener relevancia entre las actividades de sus moradores.

Entre los objetos de bronce se destacan fíbulas de tipos que se vinculan con las producciones celtibéricas de la Meseta, «de torrecilla lateral», «simétricas», otras de tipo anular con forma «En Omega». Un torques de varilla lisa, hebillas y fragmentos de cinturones articulados, enganches, laciformes y pulseras completan el conjunto.

La cronología relativa deducida a partir de la tipología del castro, del tipo de sus construcciones y la cultura material, pueden concluir que la ocupación del castro del Chano se debió a gentes indígenas, de posible filiación **astur** con una cultura prerromana que entronca con **la Cultura Castreña del NW.,** en donde se intuyen rasgos de cierta modernidad que nosotros, de forma provisional, situamos entre los últimos años del siglo I a.d. Cristo y la primera mitad del siglo I d.d. Cristo. no descartándose la posibilidad de que su razón de ser, junto a los demás castros de la zona, se deba al sistema de redistribución de poblaciones estructurado en torno a una región con importantes recursos mineros, especialmente los auríferos, bien representados tanto en la cabecera del río Ibias en Asturias, con quien existe contacto a través del puerto de Trayecto, por donde discurría una vía secundaria en Epoca Romana; así como en la cabecera del río Ancares. Este fenómeno, común a otras regiones del Noroeste peninsular como en los casos conocidos de los ríos Cabrera y Eria, La sierra del Caurel, o el occidente de Asturias es debido a la política romana, de carácter eminentemente estratégico y económico, en una región recién conquistada, en donde los habitantes de los castros constituyen la mano de obra indispensable en una situación de **Cambio Cultural** clave en su devenir histórico.

*** Los trabajos en este yacimiento se han desarrollado entre 1990 y 1993 y se deben a la iniciativa del Servicio Territorial de León. Dirección General de Patrimonio y Promoción Cultural de la Junta de Castilla y León, con participación del Ayuntamiento de Peranzanes y los convenios con el I.N.E.M.**



El Castrelin de San Juan de Paluezas. *José A. Balboa.*

de una huida hacia las montañas, por causa de la presión romana.

A este emplazamiento privilegiado, los castros añadían toda una serie de estructuras defensivas que juntas conforman el recinto del poblado. Normalmente esas defensas estaban constituidas por tres elementos: fosos, taludes y muralla; todo ello combinado de la manera más variable. En el estado de la investigación actual es difícil discenir la cronología prerromana o romana de la mayoría de los castros bercianos y por tanto el momento de la construcción de las estructuras defensivas mencionadas. Por ejemplo en el valle del Noceda, según el reciente estudio de Yolanda Alvarez, de los 14 castros conocidos y atribuidos tradicionalmente a época prerromana, solo uno de ellos y sin certeza, el Castro de la Forca, se puede atribuir a dicha época. Pese a ello, en los ejemplos que ponemos a continuación, seguiremos la obra de T. Mañanes, aunque en nuestra opinión tenemos dudas sobre la datación prerromana de alguno de esos castros, que queda sujeto a la confirmación de posteriores investigaciones.

En cuanto a los tipos de defensa, lo más frecuente es la existencia de un foso, de tres a siete metros de anchura (algunos alcanzan hasta lo quince metros), que rodea perimetralmente el castro, como en Trascastro o Torre del Bierzo; aunque a veces, algunos castros tienen varios escalonados, como los tres del de Balboa de 7, 12 y 6,5 metros de ancho respectivamente. A continuación del foso suele existir un talud, como en los de Burbia y Vegueliña. Por último, a continuación del talud, protegiendo el recinto interior del castro, se levanta la muralla, que tiene un grosor variable: 4 metros las de Pico Ferreiro (Paradela del Río) y Campo do Castrelo (Prado de Paradiña), 2 metros tienen las de la corona de Borrenes, el castro del Boquén, en Espanillo, y la de Chano. En este último caso, más que una verdadera muralla es un muro de contención o aterrazamiento, construido en mampostería de pizarra, recibida con barro y doble paramento. Al igual que en Chano, en los castros mencionados la muralla se construye con piedras irregulares, trabadas con barro, sin torres ni cubos como en las posteriores murallas romanas. A castros amurallados semejantes a éstos podría referirse Floro en su polémica frase: «Primus adversus Cantabros sub moenibus Bergidae proeliatum» (primeramente se luchó contra los cántabros bajo las murallas de Bergida).

La extensión de los castros prerromanos de El Bierzo es muy variable, aunque siempre algo mayores que los posteriores de época romana. Predomina el de pequeñas dimensiones, de unos 100 metros en su eje mayor, y en torno a una hectárea. Sólo una decena de castros sobrepasa esta medida. El Castrelín de San Juan de Paluezas mide 13.000 m^2 y el de Castro Ventosa, en Cacabelos, que es el mayor de todos los de El Bierzo y uno de los más grandes del NO. de España, alcanza unas siete hectáreas (425 metros de largo por 168 de ancho).

El espacio interior del castro es irregular y accidentado, adaptándose las viviendas al terreno, aunque en algunos casos se ejecutan aterrazamientos del mismo. La organización interna del poblado carece de urbanismo. El caserío no ocupa más que una parte del castro, dejando amplias zonas sin edificar. Las casas se construían exentas, unas al lado de otras, siguiendo las sinuosidades del terreno, sin formar calles, sino simples «caleyos». A veces, sobre todo en los castros en ladera, se forman «barrios» con espacios vacíos entre ellos, a modo de plazoletas. Las viviendas tienen planta circular o elíptica, como las excavadas en

Chano (J. Celis); y también rectangulares, con las esquinas en escuadra o redondeadas, como las del Castrelín en San Juan de Paluezas y la Corona de Corporales (Sánchez -Palencia).

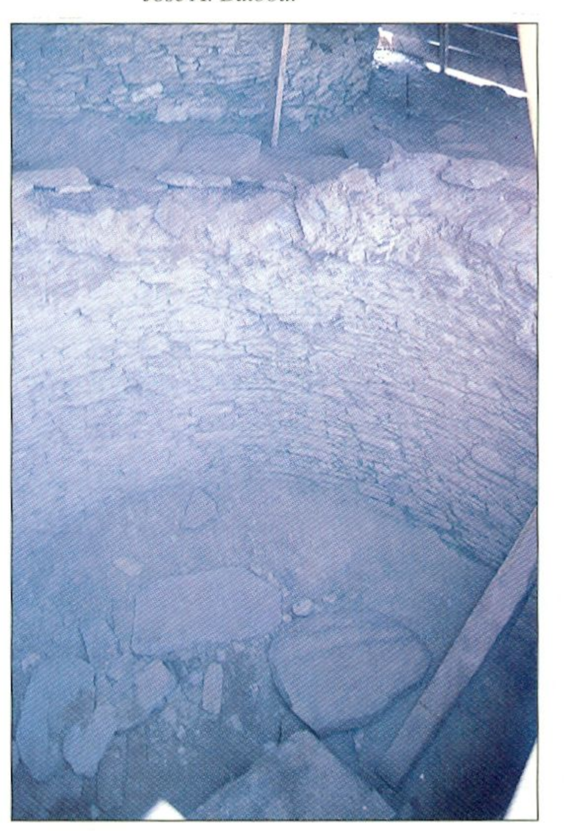
Las viviendas están construidas con materiales de procedencia local, lajas de pizarra o cantos rodados, trabados con barro o simplemente a hueso, y con muros de un grosor que oscila entre los 40 y 70 centímetros. Las techumbres parecen haber sido de paja, como las pallozas actuales, en absoluto conectadas con la vivienda castreña, tópico aún no desterrado en cierta bibliografía. El espacio interno es reducido, entre 3 y 5 metros de diámetro, unos 10 a 20 m^2. Dentro, a veces, un asiento recorre el muro, que no presenta vanos, a excepción del de la puerta. El pavimiento se forma con tierra batida o apisonada, sobre un relleno artificial de tierra y guijarros; aunque en ocasiones es una simple regularización del substrato natural. En el interior, centrado o contra un muro, se encuentra el hogar formado por lajas; acompañado, en algunos casos, como en Chano, por vasares de piedra. La «unidad de habitación», en opinión de Sánchez-Palencia, no se reduce a la edificación que aloja un hogar en su interior, sino que se extiende a otras anejas a ella destinadas a taller, almacén o vivienda secundaria. El excepcional estado de conservación del castro de Chano ha permitido observar también indicios de un sobrado en el interior de las viviendas.

El número de castros existentes en el Bierzo, según T. Mañanes, se aproxima al centenar, salpicando irregularmente el espacio berciano, pero de muchos de ellos, como ya hemos dicho, no podemos asegurar su datación prerromana. Por esa razón es difícil conocer la población de El Bierzo en esa época. El mencionado autor la cifra, posiblemente de forma excesiva, en unos 25.000 habitantes, considerando que en cada castro residirían unos 200 habitantes, cantidad esta última que viene a coincidir con la propuesta por Sánchez-Palencia y Fernández-Posse para la Corona de Corporales.

ECONOMIA

La economía era de carácter autosuficiente; estaba basada en la agricultura y la ganadería, y complementada con la recolección y la caza. Strabón señala que los habitantes de estas zonas norteñas vivían las dos terceras partes del año del consumo de la bellota, muy abundante por los bosques de robles y encinas que las poblaban. Las bellotas se consumían indirectamente, a través de la carne de cerdo, y directamente, en forma de pan. En los castros son numerosos los molinos de barquilla o vaivén, en los que aquellas bellotas eran pulverizadas y convertidas en harina. En contraposición con esta opinión, en nuestra comarca el consumo de bellotas podría no haber sido tan significativo. Los molinos pueden relacionarse igualmente con la trituración de cereales e incluso con la molienda de castañas, que en nuestra provincia se detecta ya desde época prehistórica (Bernaldo de Quiros y Neira).

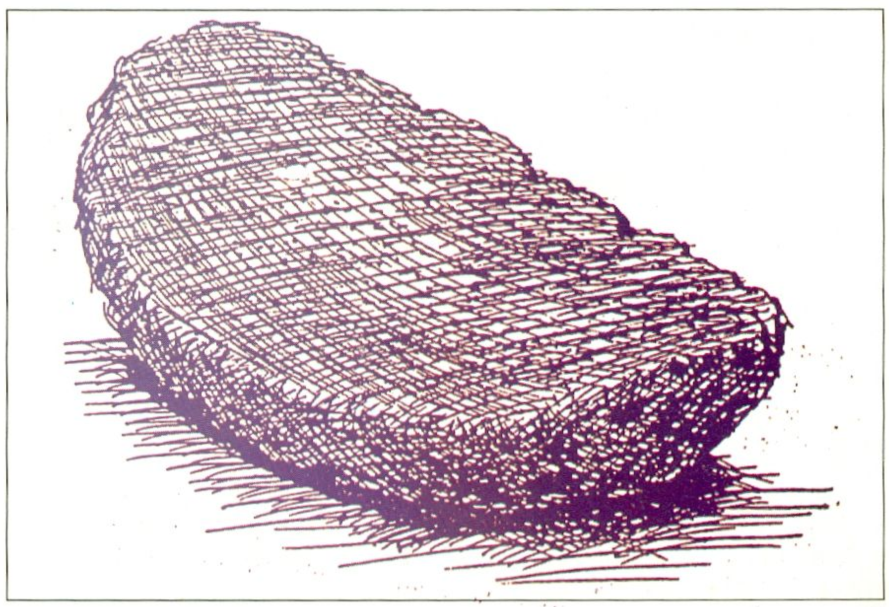
Castro de Chano de Fornela.
José A. Balboa.



La agricultura de cereales, leguminosas y hortalizas, aunque no documentadas arqueológicamente todavía en El Bierzo, sí están presentes en nuestro entorno inmediato, en castros gallegos y zamoranos. Según Strabón las faenas agrícolas era una ocupación fundamentalmente femenina. El mijo y la escanda fueron los principales cereales panificables, cultivados según un sistema itinerante, realizando desmontes y quemas, como las «bouzas» o «searas» que han llegado hasta nuestros días. Este sistema de cultivo tan rudimentario no debió requerir un instrumental muy sofisticado; posiblemente, se redujo al palo de cavar y a un primitivo arado, semejante a la «cambela», usada hasta hace poco tiempo en algunos pueblos de la montaña berciana y gallega. La bebida de «zithos» o cerveza, mencionada por Strabón, es prueba también del cultivo de cebada.

Por las fuentes literarias, se deduce que debió ser abundante el consumo de carne de cerdo, pese a que en los vecinos castros

Molinillo de barquilla. (Castroventosa).
(Pedro Cotado).



Luis A. Grau

Bosquejo arqueológico

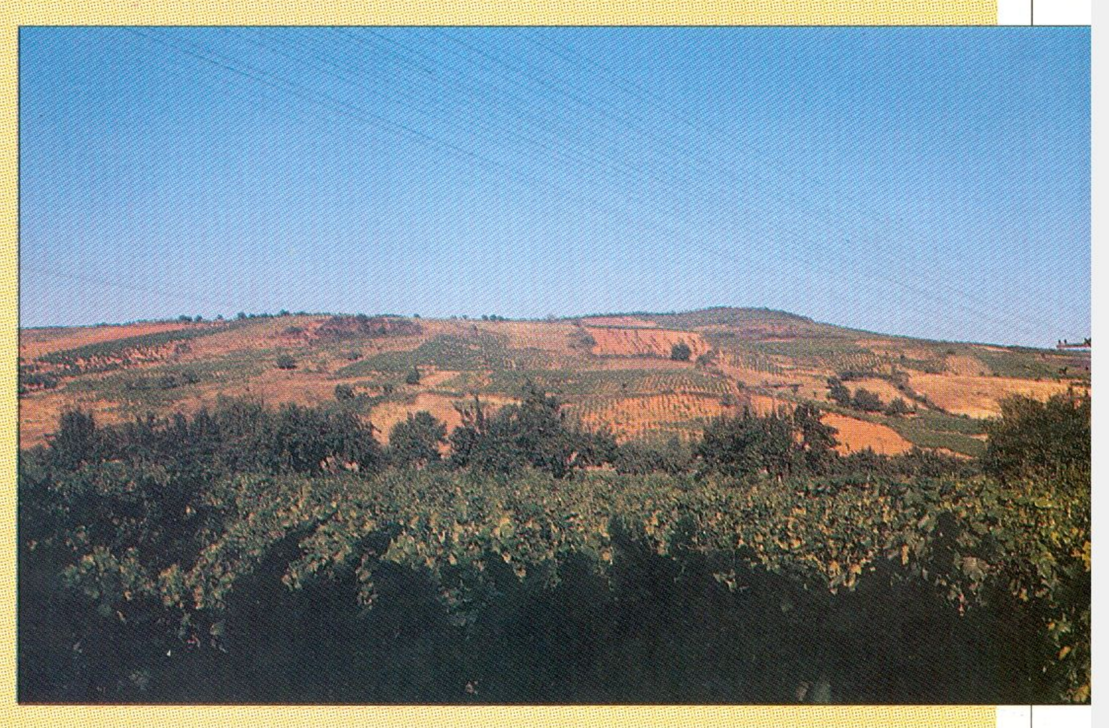
Cuando Gil y Carrasco siente que Castro Ventosa es «el corazón de un país rico y variado», recurre a un tópico que, si bien cierto, motivaba numerosas constancias por escrito de la admiración de los viajeros, pero escasas novedades historiográficas más allá del hito y del mito. Estos textos decimonónicos desgranan el paisaje histórico, la pincelada arqueológica y los desvaríos fantásticos, místicos e, incluso, trágico-amorosos, por utilizar los calificativos que prologan la monografía sobre El Bierzo del veraneante Acacio Cárceres (1883). Atrapados por el atractivo de esta tierra, otros «curiosos impertinentes» buscaron en ella el tipismo simbiótico entre los hombres y su entorno, ese que la predispuesta pupila del viajero romántico ansiaba topar.

En algunos casos, aparte el deslumbramiento folclórico, hay notas sueltas de indagación documentada, bien de antemano (como Jovellanos, en 1792, el erudito inglés Ford, hacia 1830, o el eminente José M.ª Quadrado, en 1855, todos ellos deudores de Morales o Risco) o bien por la observación directa (el estudio de Gadow, en 1895, sobre el Burbia, o las notas de campo de los citados y otros), pero en todos ellos, sin excepciones, se reproducen los mismos lugares comunes: Carracedo, Castro Ventosa, Las Médulas, el Castillo de Ponferrada, el Valle del Silencio... Nombres huecos, recipientes de gestas y loas heroicas, imaginadas o queridas. El contrapeso surge de la propia erudición positivista que mantendrá su vigor hasta bien entrado el siglo. A la escasa atención que El Bierzo mereció a los individuos de la Comisión de Monumentos, a la certera pluma de los insignes Fita o López Castrillón, entre otros, o al recién creado Museo Provincial (1869), volcados en rescates epigráficos de gran mérito o en la redundante memoria de fastos medievales capitalinos, cuando no en salvamentos tanto tiempo postergados, se añadió el monumental trabajo de catalogación de Manuel Gómez-Moreno (entre 1906 y 1908), metódico, preciso, sagaz e imprescindible, que además se ocupó de definir y casi zanjar el problema de la arquitectura altomedieval berciana en sus «Iglesias mozárabes» (1920).

Tras este estado de la cuestión, sólo empellones voluntaristas: los del clérigo César Morán, en los castros, minas y caminos descritos por la precisión de sus cabalgadas sobre ellos (1924 a 1945), y, particularmente la fértil y aislada actividad de José M.ª Luengo; en un mar de incomprensión y precariedad donde naufragaba Julio Carro, al otro lado del Foncebadón, (1933) o destellaba fugazmente la atención foránea hacia las fuentes clásicas y su interpretación (Adolf Schulten). Medio siglo cruel hacia el Patrimonio, y hacia el conocimiento arqueológico en especial, en el que los incunables de Luengo sobre la fortaleza templaria de Ponferrada o los castros y minería antigua se empequeñecían ante su versátil dedicación a otros asuntos históricos y la extemporánea organización de excavaciones.

Será la minería romana el auténtico revulsivo, como excepcional que es en esta zona, de los estudios arqueológicos. Bird y Jones, Domergue (con Martín, Sillieres o Herail), en los 70, y, por fin, los detallados y extensos trabajos de Sánchez-Palencia y Fernández-Posse,m aún en marcha, protagonizan uno de los conocimientos más exahustivos que tenemos en nuestro país de un paisaje de la Antigüedad, orientados, además, hacia la salvaguarda y difusión del mismo.

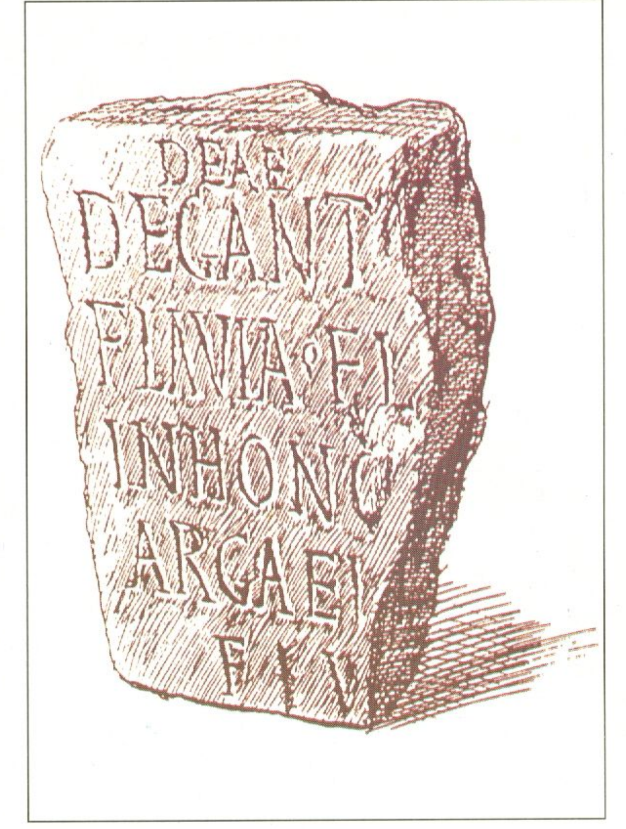
Mientras tanto, otros pasajes continúan bajo la niebla. A la tesis de Tomás Mañanes (1981) sobre el mundo castreño y romanizado, se añaden únicamente artículos específicos, inéditos de gran envergadura (Carta Arqueológica —1985—, excavaciones de F. Miguel en Carracedo...), o fructíferas y pioneras aportaciones (arqueología industrial, de J.A. Balboa), que no llegan a cubrir los extensos baldíos historiográficos, significativamente muchos de los que también la panoplia decimonónica olvidaba. Si bien ya empiezan a despuntar los resultados de indagaciones largo tiempo soterradas: junto a la labor del Instituto de Estudios Bercianos y el afán, bienintencionado pero contraproducente, de entusiastas aficionados del país, hay que mencionar el interes creciente por la arqueoloía, que debe madurar frente a la responsabilidad que implica el conocimiento y el mantenimiento de los vestigios de un pasado que no poseemos sino que sólo disfrutamos y legamos.



Castro Ventosa. Restos de la antigua Bergidum.
José A. Balboa.

Luis A. Grau
Director del Museo de León.

zamoranos su presencia es irrelevante (Esparza); que entre los animales preferidos se encontraban el macho cabrío, las cabras y rebecos; y que no faltaban los caballos, denominados asturcones y thieldones que, aunque de poca alzada y fea estampa, eran rápidos y muy adecuados para la vida en la sierra, como los actuales caballos ancareses, probablemente descendientes de aquéllos. Por último, en cuanto al polémico tema de la minería del oro, nos inclinamos, siguiendo a Sánchez-Palencia, a que su explotación se reduciría al beneficio de los placeres fluviales, de los que se obtendría una cantidad suficiente para abastecer las cortas necesidades del adorno personal. Incluso, es posible que algunos recursos minerales (oro, plata, cobre o plomo) alimentaran un pequeño comercio con las áreas vecinas. Estos intercambios se realizarían por medio de trueques, excluyéndose el empleo de monedas, como los denarios ibéricos del castro de Chano, para este fín, ya que por su alto valor eran un signo de riqueza para ser atesorado.



Ara de la Diosa Degante.

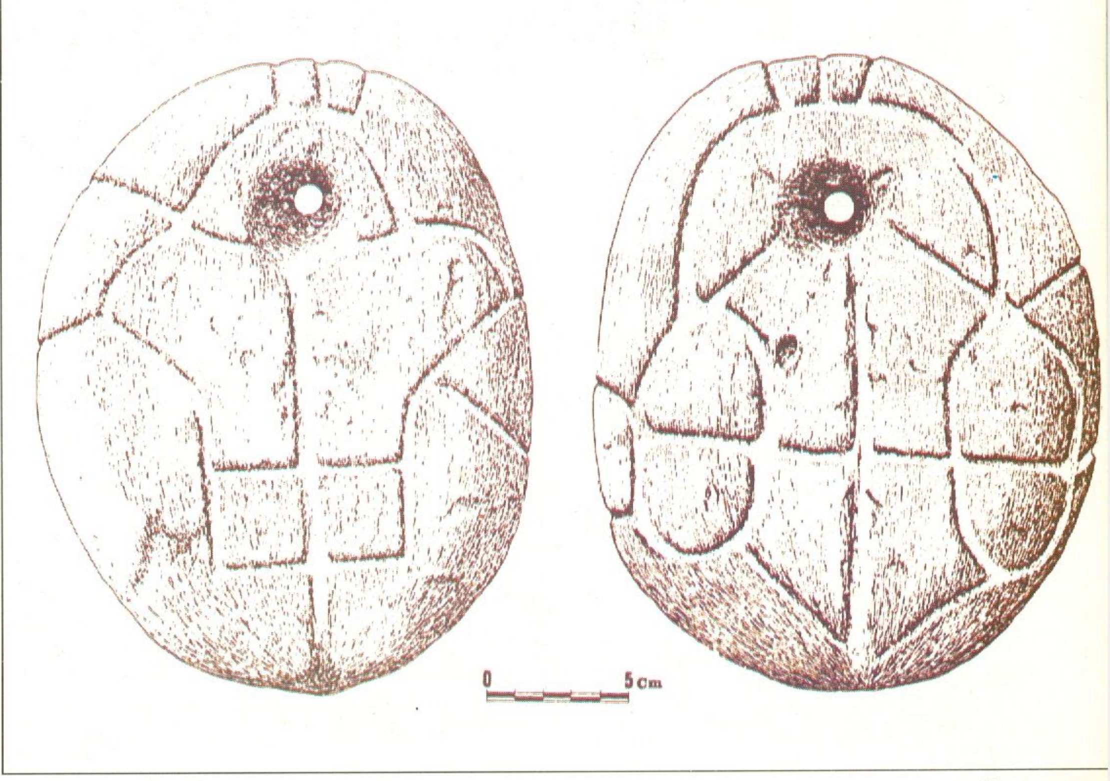
RELIGION

En el mundo antiguo, la ideología o conjunto de creencias y actitudes colectivas que permiten adecuar al hombre a sus condiciones de existencia, se manifiesta siempre bajo formas religiosas. Es la religión la encargada de proporcionar al hombre una visión global del mundo y de su propia condición. Pero, el conocimiento de esta religión primitiva es muy difícil, por las escasas manifestaciones que nos han llegado de ella, y que se reducen casi exclusivamente al nombre de algunos de sus dioses. Desconocemos por el contrario, cuáles fueron los lugares de culto, las formas de éste o su organización sacerdotal.

Strabón dice de los galaicos que no tenían dioses y que sus vecinos daban culto a un dios innominado. Martín de Dumio, en el siglo VI, criticaba la superstición de estos pueblos que adoraban las rocas, los árboles, las aguas y las encrucijadas. Estos dos datos han llevado a suponer que los galaicos eran ateos; y que sus vecinos, los astures, tenían una religión de carácter naturalista. Ni una cosa ni otra son ciertas. Como ha demostrado Mircea Eliade, el objeto de culto es siempre un dios, independientemente de la forma bajo la que sea representado o del lugar en el que reciba culto. El innombrar a ciertos dioses se debe a que sus nombres eran tabú; el encender velas en los caminos o adorar una roca, por otra parte, no supone que la religión tenga un carácter naturalista, pues lo que se adora no es la roca o el árbol, sino al dios que en ellos se manifiesta (J. Mangas).

Estas gentes eran politeístas y buena prueba de ello es la variedad de dioses que conocemos. En El Bierzo, las lápidas epigráficas citan los nombres de BODO, DEGANTA, MANDICA, CAMENIO, TUTELA BOLGENSE y COSSUE, a los que podríamos añadir otros

Anverso y reverso del ídolo de Noceda. Bronce Medio (1500-1200 a.C.). *Julio Fernández Manzano.*

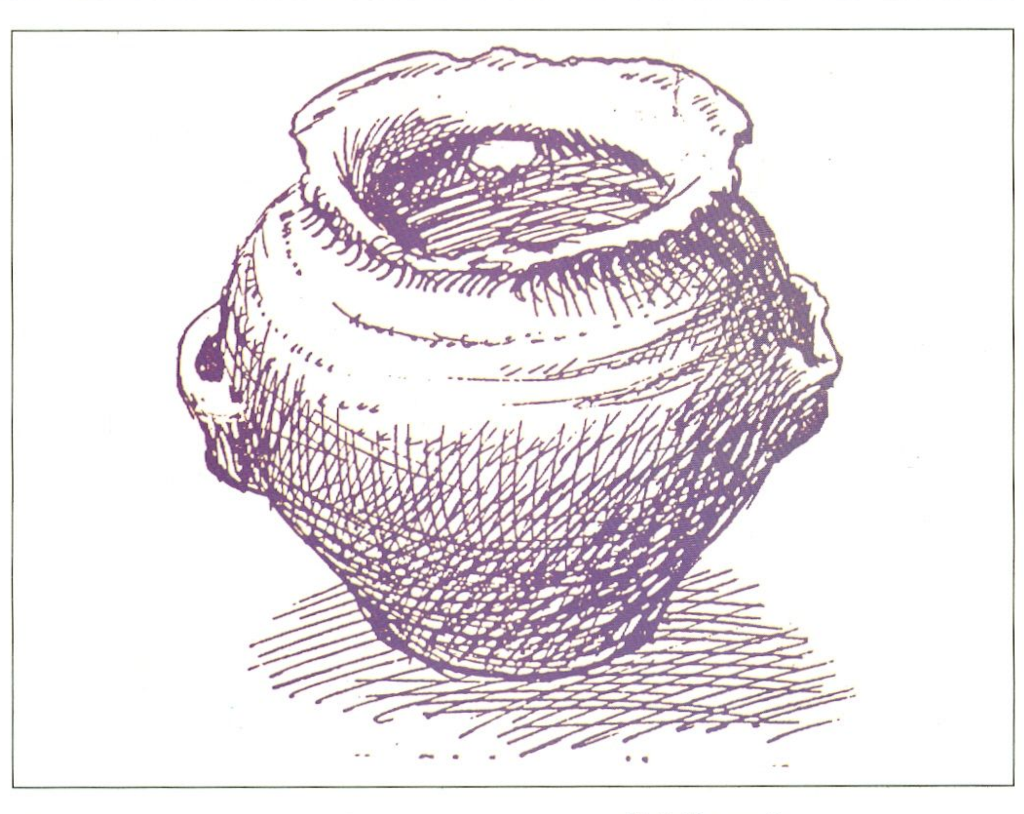


conocidos por la toponimia: Candamio (Pico Candanedo, en Foncebadón, Candanedo en Santa Marina del Sil); Cernunnos (la Cernada, Cerneiro); Bodo (altar de Bodos, cerca de Viñales), Lug (cuesta de Lugo en Camponaraya), etc. De la mayoría de estos dioses no conocemos más que una sola referencia, pero de Cossue se han hallado ocho lápidas en la zona de Bembibre, y una en Laciana.

¿Qué relación tienen estos dioses con la organización política y social de los astures? No está muy claro, pero posiblemente existieron dioses de gentilidad, de gens e incluso comunes a todo el pueblo astur. De estos últimos eran Lug y Taranis; es probable que también Cossue, cuya forma Coso, aparece en otros lugares del territorio astur. Este último era un dios guerrero, asimilado a Marte, dios de la guerra, y al que se le ofrecían sacrificos de animales e incluso humanos, como señala Strabón. La diosa Deganta y la Tutela Bolgense, que aparecen en dos lápidas de Cacabelos, son dos diosas propias de una gentilidad o castellum y por tanto con un radio de acción pequeño. Lo mismo podríamos decir de la diosa Mandica (Ponferrada) y tal vez del dios Bodo (Villadepalos). Estos últimos dioses tenían un carácter pacífico y salutífero (Blázquez). Ellos velaban por la salud y el bienestar de los miembros de la pequeña comunidad que los adoraba.

Sus creencias de ultratumba apenas nos son conocidas, como tampoco sus ritos funerarios. Ninguna necrópolis ha sido todavía hallada, por lo que la mayoría de los autores sostiene que los astures incineraban a sus muertos, recogiendo sus cenizas en pequeñas urnas.

Algunos autores ligan a este mundo religioso las esculturas en piedra de cabezas humanas, como las halladas en Suárbol, Bárcena, Noceda y Quintana Fuseros, relacionándolas con las llamadas «cabezas cortadas» prerromanas; pero la simplicidad de sus rasgos, y la semejanza técnica y estilistica con modelos que se continúan hasta la Edad Media hacen prácticamente imposible su datación.



Cista Funeraria (Castro Ventosa).
(Pedro Cotado).

TEXTOS EPIGRAFICOS

Veicio cumplió de buen grado la promesa al dios Bodo.
Villadepalos.

Flavino, hijo de Flavio, puso (esta lápida) a Cossue Nidoledio.
Noceda.

Lucio Aurelio Fronto cumplió voluntariamente con la promesa al señor dios Cossue Nidoledio.
Arlanza.

Tito Flaus, soldado de la legión VII Gémina, cumplió de buen grado con la promesa a Cossue Tueranaeo Parameio.
Valle Tedejo.

Flavia, hija de Flavio, hice voluntariamente este voto a la diosa Deganta.
Cacabelos.

Lucio Pompeio Paterno cumplió voluntariamente la promesa a Mandica.
Ponferrada.

Claudio Capito puso este exvoto a la Tutela Bolgense por su salud y la de los suyos.
Cacabelos.

Granio Sabino, Legado de Agusto, a la Salud Augusta, a las Camenias.
Cacabelos.

A Júpiter el castro Queledino.
San Andrés de Montejos.

Aquí está sepultado Festo, de tres años, hijo de Loveso, interamico, del castro Louciocelo.
Cacabelos.